

## EN LOS PROVERBIOS DE SALOMÓN, FRAGMENTOS DE INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA, ENCONTRADOS EN UN ANTIGUO CÓDICE.

### EN EL CAPÍTULO VII DE LOS PROVERBIOS.

Y he aquí que una mujer le sale al encuentro con atuendo de prostituta, preparada para atrapar almas, charlatana y errante, impaciente de reposo, incapaz de permanecer en su casa, ahora fuera, ahora en las plazas, ahora acechando en las esquinas. Todo hereje, carente de sentido viril, es llamado mujer con razón; quien, al esforzarse por pronunciar palabras pulidas, se adorna exteriormente con atuendo de prostituta, ya que intenta lograr con la elocuencia lo que no puede suplir con la gracia del don del Espíritu Santo. Si alguna vez encuentra a alguien que resista sus caminos, intenta vencerlo más por costumbre de charlatanería que por perspicacia evidente. Se le reconoce como errante, porque quien es arrastrado por el espíritu del error no conoce la estabilidad de una mente sana. O bien se le llama errante, porque todo aquel que desea desviarse de la línea de la verdad, claramente busca caminos diversos huyendo de la senda recta. Errante, porque teje lazos de diversas sectas con los que puede atrapar las almas de los simples. Se recuerda que es impaciente de reposo, porque transgrede los límites de los Padres; y, al romper las riendas de la paciencia, se precipita impaciente: desconoce la ignorancia sobre ciertas cosas que trascienden la claridad de la mente humana; no puede permanecer en su casa, sino que, llevado por diversas afecciones, camina como con pies por los laberintos del error. Hay otra casa de la que sale con actos nefastos, a saber, la Iglesia, aunque en ella parezca morar en apariencia corporal. Por eso pone trampas a aquellos que manejan los asuntos del mundo, y también a otros que son atraídos por la amplitud de la vida carnal, tiende su disciplina; luego insiste en engañar a los que frecuentan los rincones de la vida oscura. O bien, a través de la triple ubicación de los lugares, se puede entender no incongruentemente el triple sentido de la Sagrada Escritura. El hereje acecha afuera, cuando intenta engañar pervirtiendo los corazones de los simples, a quienes alimenta la historia de la letra: y cuando recorre la amplitud de la alegoría, muchas veces extrae de allí algunas cosas que la multitud de fieles protesta que son contrarias a la fe. Cuando se llega a las especies de mortalidad, porque se componen de manera diversa por la diversidad de los mortales, igualmente se esfuerza por corromper algo allí.

### EN EL CAPÍTULO XXX DE LOS PROVERBIOS.

Tres cosas me son difíciles, y la cuarta no la conozco en absoluto: el camino del águila en el cielo, el camino de la serpiente sobre la roca, el camino del barco en medio del mar, y el camino del hombre en su juventud. Con el término águila se designa a cualquier hombre espiritual, que al igual que el ave mencionada, se esfuerza por fijar la mirada de sus ojos en el sol celestial. Nadie puede conocer su progreso, ya que no hay nada corporal allí, de donde se deje posibilidad a alguien para seguir la huella del águila: el espiritual juzga todas las cosas, y él mismo no es juzgado por nadie. La dulzura de la contemplación puede sentirse, pero no tiene forma de imitación. De igual manera, el camino de la serpiente es conocido por sí mismo, que suele hacer sobre la roca. Por la roca se figura la solidez del corazón, y por el paso de la serpiente, la sugestión del espíritu maligno. A veces, la antigua serpiente intenta imprimir su huella en los corazones de los elegidos sugiriendo cosas impuras. Sin embargo, ellos, fundados sobre la roca firme, no pueden ser violados, no saben recibir el veneno del camino pestilente. Esta es una cosa que nadie puede conocer, ya que nadie puede discernir cuán grande es la fortaleza de esta roca, a menos que él mismo se convierta en roca. O ciertamente profesa no conocer el camino de la serpiente sobre la roca, ya que no sabe si el conflicto ha surgido para prueba o para perdición de aquel a quien acecha. Si por un momento cediera al tentador, ¿quién de los mortales podría saberlo? Asimismo, nadie puede

leer el camino del barco que corta las olas del mar con ojos humanos, después de que ha pasado. ¿Qué es entonces este barco, sino algún predicador, cuyo vehículo nos transporta al puerto de la eterna quietud, en medio de las tormentas que rugen por todas partes del mar embravecido? Este ciertamente recorre los caminos del mar embravecido, mientras corta las olas de los corazones humanos con el remo de la predicación. ¿Quién puede discernir cuánto progresa este navegante en medio del mar, para que intente rescatar las huellas de la predicación recorrida? Ves, por supuesto, las olas embravecidas que él corta, sientes también el viaje próspero con las velas desplegadas, favorecido por el soplo del Espíritu Santo, que lo sigue hacia las mentes de los oyentes, pero no puedes medir cuán eficaz es en ambos. O bien, el barco prefigura la mente fluctuante de cualquier hombre, cuyo camino, es decir, la intención con la que se mueve hacia cualquier parte, ignoras por completo. Ves, por supuesto, que navega con curso próspero; pero si ciertamente sufrirá naufragio entre las tormentas, o si podrá llegar al puerto de la tranquilidad, lo ignoras. Así como las corrientes del mar cubren lo que había sido cortado por la parte delantera del barco, así la línea de intención de la vida humana, por la que el alma es impulsada, se prohíbe borrar. Sigue el cuarto, que dice no conocer en absoluto. ¿Quién puede considerar el fin cierto de la edad resbaladiza, que se desvía como los soplos del viento? Pasemos por alto la edad incipiente, cuya ligereza es conocida por muchos; pero la otra, cuán nociva y destructiva es, porque es divulgada por pocos, Salomón exhorta a tener mucho cuidado, mientras profesa no poder conocer su camino intrincado. Todo hereje, por la ligereza de su mente, que es llevada por todo viento de doctrina, no sin razón es llamado joven. También se le considera con el nombre de hombre, porque ha adquirido la habilidad del ingenio viril. Su camino, ciertamente, está oprimido por tantos y tan grandes laberintos por todas partes, que cuando intentas seguirlo, a menudo no puedes encontrar ninguna huella impresa en él. Busca los actos de Maniqueo, y especialmente la carta que se llama fundamento. Allí ciertamente encontrarás un camino apenas rastreable por alguien, recorrido con pie monstruoso, con vigilancia diligente. Esto es lo que Salomón ignora, de dónde proviene a un mortal tanta sutileza de pericia, a otro la torpeza de mente, cuando ambos son partícipes de la razón. Ninguno es inferior al otro en cuanto a la forma de la naturaleza divina, sin cuya luz nadie puede discernir los secretos de la verdad; y sin embargo, a veces se revelan a los herejes muchos secretos de las Escrituras que están ocultos a los hombres religiosos. Hay también otra interpretación, que con razón se refiere a la persona de Cristo. Cristo es llamado águila, por la múltiple significación que se nota en el ave mencionada. Así como esa ave protege su nido, así también él protege a su esposa, es decir, la Iglesia. Y así como aquella no acude a un lecho extraño para procrear polluelos, así tampoco Cristo engendra descendencia fuera del seno de la Iglesia. Por eso, al nacer, expone a sus crías a los rayos del sol ardiente: si no han mirado el resplandor de dicho astro sin ser deslumbrados, inmediatamente, como degenerados, son expulsados del nido y separados de los demás que se asemejan a él. Esto se ajusta bien a Cristo, porque todos aquellos a quienes no ilumina la luz del verdadero conocimiento, aunque hayan sido engendrados en la Iglesia, sin embargo, son separados de la compañía de los elegidos. También esa ave, llevada por el impulso de sus alas, devora serpientes en el aire, y con su calor natural extingue todo el veneno: así también Cristo, regresando al Padre, habiendo triunfado sobre el príncipe de la muerte, destruyó con la inefable virtud de su divinidad la malicia de la antigua serpiente. Salomón profesó no conocer su camino, porque ¿quién puede describir los idas y venidas del Hijo unigénito de Dios, que quiso encarnarse, morir, ser sepultado, despojar a los infiernos, y luego, ante la vista de sus discípulos, ascender a los cielos? Él mismo es llamado roca con razón, sobre cuyo fundamento se solidifica nuestra debilidad. Aquí ciertamente la serpiente tortuosa intentó imprimir sus huellas venenosas; pero él, como verdadero diamante, no recibió ni siquiera la señal del paso resbaladizo, sino que, rechazándolo por completo, dice: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que

sale de la boca de Dios" (Mateo IV, 4). Pues había sufrido el paso del áspid, cuando le decía: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes" (Ibid. 3). ¿Quién, pregunto, puede discutir la astucia de la serpiente, o la fortaleza de la roca más poderosa? Este ciertamente es llamado barco, este mismo es llamado piloto, la proa es encomendada al Espíritu Santo. En él ciertamente los apóstoles se sientan como remeros, en él también nosotros, colocados, nos dirigimos a la patria, navegamos seguros despreciando el canto de las sirenas; somos golpeados por los frecuentes vientos de las tentaciones, sólo somos despertados, para que no nos adormezcamos por la inercia. ¿Cómo seremos transportados a la otra orilla de este mar, con el ladrido de los perros escilianos resonando, con el peligro de Caribdis inminente, sin el detrimento del naufragio? ¿quién de los hombres, digo, se atreverá a investigar? En cuarto lugar, pone el camino del hombre que nadie puede conocer. ¿Quién es este hombre, sino aquel de quien dice el Apóstol: "Hasta que todos lleguemos al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo" (Efesios IV, 13)? ¿Quién puede estimar cuántos bienes hizo al género humano, mientras moraba en la tierra, no sólo ayudando a los cuerpos afligidos por diversas enfermedades, sino, lo que es más útil, curando sus almas, como un médico singular? ¿Quién, sufriendo hambre de cuerpo o de alma, vino a él y regresó sin alimento? ¿Quién, cargado con el peso de los crímenes, se dirigió a él y se fue sin salud? ¿Qué, entonces? Ningún camino de él es accesible. Estas son las cosas que Salomón no pudo penetrar. Vio estas cosas venir en espíritu, pero una es la noción de la figura, y otra la noción del hecho previsto.

#### EN EL MISMO CAPÍTULO XXX DE LOS PROVERBIOS.

Por tres cosas se conmueve la tierra, y la cuarta no puede soportar. Por el siervo, cuando reina; por el necio, cuando se sacia de comida; por la mujer odiosa, cuando es tomada en matrimonio; y por la sierva, cuando hereda a su señora. A veces la tierra, es decir, el corazón seducido por deseos terrenales, se conmueve cuando se inclina al consentimiento de pecar. Indica cuál es la causa de este movimiento diciendo: "Por el siervo, cuando reina". El siervo administra el cetro real, cuando un mercenario usurpa la cátedra pastoral; este ciertamente se mueve, habiendo perdido la estabilidad con la que se funda la tierra, la tierra fructífera para siempre, que debe cultivar, como móvil, sigue. ¿Qué si el móvil imita al móvil? Huyendo sigue al que va delante. Huye, porque es mercenario, y no le importan las ovejas (Juan X, 13). En primer lugar, el movimiento mueve a los súbditos, ya sea por el ejemplo de una vida nefasta, para que se adhieran a su movimiento. Además, la tierra se conmueve, ya sea por el flujo de cometer crímenes, o por el debilitamiento de la fe: el necio actuando en el reino, ciertamente, se sacia de comida. ¿Qué es el alimento del pueblo fiel, sino el pan vivo de la sagrada palabra? De ahí que David dice: "Preparaste una mesa delante de mí, en presencia de mis enemigos" (Salmo XXII, 5). Este necio, es decir, cualquier hereje que frecuenta, y mordisquea los panes que ve allí colocados (carecen de las fuerzas de la humildad, que los rompe para pequeños y grandes), se retira como saciado, y trata de fabricar otros panes. De ahí aquello: "No comas con el hombre envidioso, ni desees sus manjares: porque como un adivino y conjetrador estima lo que ignora. Come, bebe, te dice, pero su corazón no está contigo. Los manjares que comiste, vomitarás, y perderás tus hermosas palabras" (Proverbios XXIII, 6, 7). Esto ciertamente se ajusta a las costumbres de los herejes, a menos que alguien les favorezca, nadie duda. Porque lo que ignoran los adivinos o conjetradores, acostumbran a dar respuestas por costumbre: tratando de afirmar, ya sea que son falsas las cosas sobre las que se pregunta, o que deben estimarse como conjetura más que como forma de verdad sobre las cosas de las que se trata. Si comes sus manjares, primero es necesario que vomites los panes de la mesa del Señor, porque a menos que tu mente rechace el pan de la fe, está claro que no puedes recibir los panes del error. Estos son los hermosos discursos, es decir, los

panes del Señor, que inmediatamente perderás cuando tragues tales manjares. ¿Qué participación tiene Cristo con Belial? ¿Quién es esta mujer odiosa que se une en matrimonio, sino el alma que tiene actos estériles, que con razón se figura con el nombre del sexo frágil? Al hombre con quien se casa, se le nota con razón como el principal de la mente. De ahí que el Señor, hablando a la mujer samaritana, dice: "Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido" (Juan IV, 18). Sin embargo, no es odiosa para aquel a quien se une, sino para los sabios, que detestan la vida carnal. Y cuando esta, deseando una vida voluptuosa, somete la razón, y la obliga a servir a sus lujurias, como si deseara unirse en matrimonio con el hombre más deseado. Así que, cuando esta reina, suele ocurrir el movimiento de la tierra, porque la agudeza de la mente, que como campo del Señor está preparada para recibir y hacer crecer la semilla de la palabra divina, si se le encomienda a una mujer de este tipo para que la cuide, inmediatamente abandona su propósito y sigue los abrazos más impuros de esa nefanda. Sigue el cuarto, que la tierra no puede soportar, a saber, la sierva que sucede a su señora por derecho hereditario. ¿Quién es esta sierva, sino la carne humana, que por ley natural suele obedecer a los preceptos del alma? A veces esta se convierte en señora, cuando los deseos impuros que fomenta la mujer ya mencionada, se transfieren a los actos de la carne. Ya esa señora, viviendo en delicias, está muerta, y la herencia pasa a la sierva, cumpliendo todos los crímenes que aquella dispone. Si a esta sierva le encomiendas el cuidado pastoral, ¿qué calamidad, pregunto, puede soportar el reino al que se le asigna? Estas son ciertamente las plagas monstruosas, bajo cuyo principado se conmueve la tierra del corazón humano, y la obra inestable se transfiere. Estos son ciertamente los que no saben ir a la ciudad, y que cierran el camino a los demás que con ansioso pecho se dirigen allí.

#### EN EL MISMO CAPÍTULO.

Tres cosas hay que caminan bien, y una cuarta que avanza felizmente: el león, el más fuerte de las bestias, que no temerá el encuentro con nadie: el gallo ceñido sus lomos, y el carnero: no hay rey que le resista. Aquí ciertamente se pone al león, de quien está escrito: "Ha vencido el león de la tribu de Judá" (Apocalipsis V, 5). Que se dice el más fuerte de las bestias, porque lo que en él es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (1 Corintios I, 25): que no teme el encuentro con nadie; dice: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada" (Juan XIV, 30). El gallo ceñido los lomos, es decir, los santos predicadores, que en medio de las tinieblas de esta noche, anuncian el verdadero amanecer. Que tienen los lomos ceñidos, porque restringen los flujos de la lujuria de sus miembros. En los lomos está la lujuria. Por eso se les dice por el Señor: "Estén ceñidos vuestros lomos" (Lucas XII, 35). Y el carnero: no hay rey que le resista. ¿A quién más entendemos aquí por carnero, sino al primer orden de sacerdotes dentro de la Iglesia, de quienes está escrito: "Ofreced al Señor hijos de carneros" (Salmo XXVIII, 1)? que con sus ejemplos guían al pueblo que camina, como un rebaño de ovejas que sigue. A estos, viviendo espiritualmente y rectamente, ningún rey puede resistirles en absoluto; porque cualquier perseguidor que se les oponga, no puede impedir su intención. Saben, en efecto, correr ansiosamente hacia aquel a quien desean, y llegar muriendo. Por lo tanto, se pone primero al león, segundo al gallo, tercero al carnero. Apareció primero Cristo, luego los santos predicadores apóstoles, y finalmente, los Padres espirituales, los preladados de las Iglesias, es decir, los líderes de los rebaños, porque son los guías de los pueblos que los siguen. Pero afirmamos esto aún mejor, si exponemos también lo que sigue de este mismo lugar. Porque después de esto también aparecerá el Anticristo, lo cual añade allí como cuarto diciendo: "Hay quien apareció necio, después de haber sido elevado a lo alto. Si hubiera entendido, habría puesto su mano sobre su boca". Él ciertamente será elevado a lo alto, cuando mienta diciendo que es Dios. Pero elevado a lo alto, aparecerá necio, porque en su

misma elevación fallará por la venida del verdadero juez. Si hubiera entendido, habría puesto su mano sobre su boca: es decir, si hubiera previsto su castigo, cuando comenzó a enorgullecerse, bien alguna vez contenido, no habría sido elevado en tanta jactancia de soberbia: de lo cual no debe movernos lo que se dijo anteriormente: "El cuarto que avanza felizmente". Dijo que tres avanzan bien, y el cuarto felizmente. No todo lo que avanza felizmente, avanza bien; ni en esta vida todo lo que avanza bien, avanza felizmente. Porque el león, el gallo y el carnero avanzan bien, pero no felizmente, porque sufren las guerras de las persecuciones. El cuarto avanza felizmente, y no bien, porque el Anticristo avanza en su engaño, pero según el breve tiempo de la vida presente, ese engaño le prospera: como se dice de él bajo la figura de Antíoco por Daniel: "Le fue dado poder contra el sacrificio perpetuo a causa de los pecados, y la verdad será echada por tierra, y hará, y prosperará" (Daniel VIII, 12). Lo que Salomón dice, "Avanza felizmente", esto dice Daniel, "Prosperará".

#### EN EL CAPÍTULO XXXI DE LOS PROVERBIOS.

No des a los reyes, oh Lamuel, no des a los reyes vino, porque no hay secreto donde reina la embriaguez: no sea que beban, y olviden los juicios, y alteren la causa de los hijos del pobre. Lamuel, en quien Dios resuena en nuestra lengua; su madre, quien se recuerda que le enseñó esta visión, es la sabiduría divina. Por lo tanto, exhorta a su hijo, en quien Dios habitaba por el Espíritu septiforme, a no ofrecer vino a los reyes para beber. Pero, ¿quiénes son estos reyes a quienes se les prohíbe completamente el vino? Su padre nos lo ha declarado diciendo: Y ahora, reyes, entended, aprended los que juzgáis la tierra (Salmo II, 10). Pues se le reprocharía haber dado vino a los reyes por el cual las mentes de los bebedores se alienan si no mostrara cuán gravemente la preocupación halagadora de este siglo obstaculiza las almas de aquellos que se han implicado en asuntos terrenales. Así, quien calla las advertencias de salvación, si alguna vez un enfermo que podía ser sanado incurre en la muerte, se dice con certeza que ha infligido un golpe mortal. Ningún, dice, secreto, donde reina la embriaguez. Aunque pueda entenderse del vino corporal, pues ningún ebrio es dueño de sí mismo, y por lo tanto, como un vaso de barro, lo derrama todo, sin embargo, hay otro vino que no acompaña a ningún secreto. ¿Qué, pues, se figura en este lugar por secreto, sino cualquier místico de la sabiduría que se sabe que no es accesible a los amantes de este mundo? En ningún lugar, por lo tanto, se encuentra el secreto de la sabiduría donde se prueba que existe el reino de la embriaguez. Si deseas, pues, escudriñar los arcanos de la sabiduría, haz que el insolente reino de la embriaguez se aleje de ti. Cuánta calamidad surge de esta bebida, la olvido judicial y la alteración de la causa sobre los hijos del pobre lo proclama: tanto más vigoriza la memoria de los mencionados reyes en la discreción de los juicios, cuanto más se sabe que está alejada del calor de las preocupaciones mundanas. Por lo tanto, son sobrios en la medida en que languidecen ante los halagos del mundo pasajero. ¿Quién es este pobre de los hijos, cuya causa aquellos que están embriagados con el cáliz babilónico pervierten, sino aquel que siendo rico, por nosotros se hizo pobre (II Cor. VIII, 9)? La causa se pervierte en el juicio, cuando por el juez de iniquidad el inocente es castigado, y el culpable digno de venganza es perdonado. Pero al poner la partícula dubitativa, diciendo, No sea que beban; a mi parecer, quiso dar a conocer que la facultad del libre albedrío es propensa a cualquiera de las dos partes, y especialmente inclinada hacia la peor, si no es retenida por el vínculo del amor o del temor, lo insinúa sutilmente. O bien, por Lamuel, que en quien Dios, como ya dijimos, se interpreta, se designa adecuadamente la razón humana, que fue hecha a imagen de Dios. Su madre, la gracia de Dios, le advierte que no ofrezca la bebida perniciosa a los reyes, es decir, a los sentidos del hombre interior: que mientras obedecen a la razón, son justamente considerados con el título de reyes, porque los actos del hombre exterior son dispuestos por ellos con la censura real acompañante. Sin duda, si alguna vez han bebido la felicidad

fugitiva hacia adentro, de repente, carentes de la memoria disciplinaria, no distinguen qué debe evitarse o qué debe hacerse, por la oscuridad surgida de un amor vil. Luego alteran la causa de los hijos del pobre, cuando el espíritu de las obras, que debe ser pobre en su consideración, transforma la futura recompensa en un afecto carnal. La causa de nuestro trabajo es el amor ferviente de la paz imperecedera. Salomón, aborreciendo tal vino, obliga a su carne a servir al espíritu, para que con paso libre mueva su alma a beber las palabras preceptivas de la sabiduría, para que se añada gracia a su cabeza y un collar a su cuello.

#### EN EL CAPÍTULO XXVI DE LOS PROVERBIOS.

Como quien lanza una piedra en un montón de Mercurio, así quien otorga honor al insensato. Quien ha sido instruido en las letras seculares sabe, según el error de los gentiles, que Mercurio es el dios de aquellos que se dedican al intercambio de mercancías; y como los comerciantes se esfuerzan mucho en acumular riquezas, de donde brota la semilla de la avaricia, casi todos vigilan, convenientemente, por el nombre del primado, parece designarse a quien le sirve. Así, por el nombre de Mercurio, se expresa cualquier avaro. ¿Qué significa, pues, lanzar una piedra en su montón? Era costumbre entre los antiguos que si encontraban a alguien avaro en su parentesco, corrían de inmediato al camino real, y cada uno de ellos llevando una piedra, formaba un montón allí por la deshonor del avaro. Luego, todo viajero, al ver de lejos el montón de piedras, según la costumbre patria, tomaba una piedra y la arrojaba al montón. Así, pues, se consideran insensatos aquellos que se dedicaban más a la recolección de piedras que a sanar la enfermedad del avaro, así, sin duda, se consideran carentes de entendimiento quienes intentan aumentar el número de imprudentes, que correctamente se llaman piedras, otorgándose honor a sí mismos. Quizás si la asamblea del pueblo se reuniera sobre aquellos que elevan a hombres insensatos, o más bien pétreos, a la cátedra pastoral; y también sobre aquellos que son promovidos injustamente, acumularían un montón de testimonios divinos, y se detendrían un poco de la importunidad de tal pestilencia. ¿Qué, pues? ¿Crees que quien no ha sido promovido por la sabiduría puede beneficiar a otros, cuando no conoce la norma de la disciplina, ni la patria, a cuyos gozos se invita al pueblo sujeto a él? En absoluto, dices.

#### EN EL CAPÍTULO XVIII DE LA SABIDURÍA.

Cuando un silencio tranquilo lo envolvía todo, y la noche en su curso tenía su camino a la mitad, tu omnipotente palabra, Señor, saltando del cielo desde los tronos reales, como un duro guerrero, se lanzó a la tierra del exterminio: una espada afilada, llevando tu imperio sin mancha, y de pie llenó todo de muerte, y hasta el cielo alcanzaba, estando en la tierra. Otra traducción tiene, medio silencio, significando lo mismo que tranquilo; incluso en la noche media hay un silencio más tranquilo alrededor de la nación de Dios, donde falta el oyente, aunque esté presente quien sepa hablar de Dios. De donde David dice, Me quedé mudo y humillado, y guardé silencio sobre lo bueno, y mi dolor se renovó (Salmo XXXVIII, 3). El hombre de Dios guarda silencio con gran dolor: de otra manera callan los impíos, despreciando la majestad de su Creador. Sin duda, el corazón de uno es triturado por la angustia, mientras que la mente del otro se disuelve en una alegría insensata. Otro silencio sobre Dios sigue, cuando está presente el oyente, pero falta el predicador; de donde se dice por Jeremías, Los niños pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Lamentaciones IV, 4). Esto lo vemos suceder diariamente, ya que la maldad de la vida humana ha prevalecido tanto, que nadie duda que tal miseria reina tanto en los prelados como en los súbditos. También se produce un profundo silencio en el corazón humano, cuando faltan quienes quieran aplicar el oído a los predicadores, ni hay doctores que expongan la palabra de Dios. De aquí que se dice por David, Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles, no hay quien haga el bien, no hay

ni uno solo (Salmo LII, 4). Pues cuando el Hijo unigénito de Dios asumió nuestra humanidad, este error no ocupaba las mentes de los mortales. Este silencio, en verdad, no lo mantenían todos, sino todo; porque la criatura, excepto el hombre, incluso todo el universo alaba a su creador con su propia especie. Sin embargo, casi nadie en ese tiempo sabía considerar la alabanza del Creador en la belleza de la estructura mundana. Y por lo tanto, no solo el hombre, sino las demás criaturas cultivaban un silencio medio. El hombre despreciando usar la razón, y la creación inferior, porque nadie sabía referir su orden más adecuado al formador de todo, así la noche en su curso tenía su camino a la mitad. ¿Qué se figura por el término noche sino la ignorancia de Dios, y por el curso, sino la perseverancia de la misma ceguera? La noche, en efecto, recorre su camino medio en su curso habitual, cuando no se aparta en absoluto del propósito de la depravación. También era un camino medio, porque el error mencionado corría en común entre todos. Entonces el omnipotente saltó del cielo desde los tronos reales, como un duro guerrero. Por tronos reales se expresan las virtudes angélicas, en las que el Señor se sienta. Al decir que saltó, designó su venida inesperada. En verdad, apareció como un duro guerrero, porque capturó al fuerte armado, que guardaba su atrio en paz, lo ató, saqueó sus despojos, lo hizo impotente de su antiguo derecho, despojó al infierno, regresó victorioso de donde había venido. Vino saltando a la tierra del exterminio. ¿Qué era el género humano sino una tierra trasladada fuera del límite de la justicia? Para traerla de vuelta dentro del límite de la piedad, el Verbo del Padre descendió, para que él mismo la cultivara, sembrara frutos, la custodiara en su parto; o llamó tierra del exterminio al pueblo judío, a quien el jabalí del bosque exterminó, de manera adecuada. En medio de ellos se hizo hombre de la semilla de David según la carne, apareció saltando. O bien, fue a la tierra media del exterminio, cuando comprobó que el corazón humano, que por muchas razones se llama medio, era digno de la exterminación divina. Así, los impíos a veces se vuelven al camino de la justicia, cuando se les demuestra claramente que deben emitir primero el exterminio de la condenación; porque no pueden ser retenidos por el vínculo del amor supremo; o aterrorizados por el temor del infierno, deben ser llamados de nuevo al culto de su Creador. Tan pronto como el Señor llega a la tierra, sigue el exterminio de los vicios: las tinieblas no pueden soportar la luz; el hombre ve dónde yacía, discierne las cuerdas de los pecados, de donde fue arrastrado y hecho exiliado. Que también salte a nuestra tierra fuera del límite con poderosa virtud, expulse al enemigo que intenta poseer de nuevo la morada de nuestro pecho según la antigua costumbre. Este Verbo es una espada afilada, que penetra hasta la división del alma y el espíritu, discernidor de pensamientos. ¿Qué más? Ninguna criatura es impenetrable ante su filo. Este es, en verdad, por cuyo golpe el hijo se separa del padre, la madre de la hija, y lo que es más difícil, el hombre de sus propias voluntades. Porque el Hijo de Dios lleva el imperio sin mancha del Padre, ya que todo lo que tiene él, lo tiene también su Hijo. ¿Qué es llevar el imperio sin mancha, sino predicar el mandato sin simulación con igual derecho a los hombres? Él es el mensajero de la voluntad paterna, él lleva su imperio; él hiere, lastima y sana: eleva, corona, glorifica. Pues el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre (Juan V, 22, 23). Porque quien deshonra a uno, igualmente deshonra al otro. La misma Verdad dice, Felipe, quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9). En verdad, él llevó el imperio del Padre, cuando fue obediente hasta la muerte (Filipenses II, 8): Padre, dijo, si es posible, pase de mí este cáliz: pero no como yo quiero, sino como tú quieres (Mateo XXVI, 39). Llevemos también nosotros su imperio, mortificándonos a nosotros mismos con vicios y concupiscencias; sometamos nuestra cerviz robusta a sus preceptos, recibamos su yugo suave, por el cual todas las cosas pesadas se nos prueban ligerísimas. Esta es la señal de que somos llamados sus amigos, cuando obedecemos sus mandamientos. Él mismo dice, Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando (Juan XV, 14). Y estando, dice, llenó todo de muerte. Cuando el Hijo de Dios asumió nuestra carne, como levantándose del lecho

de la ley, en la que había estado oculto durante mucho tiempo, apareció entre los hombres. En verdad, llenó todo de muerte, diciendo a todos, A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5). Llenó todo de muerte, cuando no solo en acto, sino en pensamiento, se puede perder el reino de los cielos, estando fuera de la contaminación de toda mancha, como nacido virgen de una virgen, puro de pura, afirmó. Porque dijo, Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mateo V, 28). ¿Quién, pues, está libre del imperio de la muerte? Esto, en verdad, antes de que estuviera de pie, casi nadie lo sabía, como testimonia el Apóstol, quien dice, Pero el pecado no lo conocí, sino por la ley (Romanos VII, 8). Porque no conocía la concupiscencia, sino que la ley decía, No codiciarás. O bien, el Señor estuvo de pie, cuando, habiendo triunfado sobre el príncipe de la muerte, resucitó de entre los muertos. Mientras soportó las pasiones de la carne humana, estuvo como acostado con nosotros, como partícipe de nuestra corrupción; pero cuando resucitó, se dijo de él: Jesús estaba de pie en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús (Juan XXI, 4). Luego, enviando a los discípulos a predicar el Evangelio a toda criatura, todo se llenó de muerte, mientras se demostraba que el alma estaba sujeta a la transgresión original, y el hombre exterior estaba sumergido en las seducciones de la carne: porque todos pecaron, y carecen de la gloria de Dios. Y hasta el cielo, dice, alcanzaba, estando en la tierra. Como hombre estaba entre nosotros, como Dios gobernaba el cielo: y mientras hacía lo que es del hombre, estaba en la tierra; pero cuando operaba lo que se atribuye solo al poder divino, alcanzaba hasta la cima del cielo. Así, gobernando todo, tanto estaba en la tierra, como no abandonó el cielo. También estaba en la tierra, cuando convertía los corazones terrenales a seguir su disciplina. Estaba en el cielo, cuando afirmaba que aquellos que estaban implicados en deseos terrenales podían ascender a la compañía de los ciudadanos celestiales. Se adhería arriba a los cielos, cuando gobernaba a aquellos cuya conversación estaba en los cielos, para que no cayeran. Este es el Verbo lleno de verdad, que solo contiene la forma de la Encarnación del Señor. Esto mismo puede interpretarse según la moralidad. Primero, digo, el silencio es querer pecar, pero que la facultad de la malicia concebida no se presente al deseo del hombre malvado. Esta cosa, en verdad, parece manar de la abundante clemencia de la fuente suprema, mientras se sustrae el efecto de la iniquidad a la mente perversa: para que, si no se arrepiente de su afecto pecaminoso, sea castigado más severamente. También hay otro silencio, que el alma del hombre malvado guarda, mientras propone las sanciones de ambas leyes, decide pecar por deliberación, pero se ve cohibido solo por el temor al castigo. Sin embargo, el silencio medio es más grave y nefasto que los demás, cuando el hombre quiere pecar, y puede cumplir lo que desea mal, y ni por temor al respeto divino, ni por reverencia a los mortales, interrumpe lo que neciamente propone hacer.

#### EN EL CAPÍTULO XXXVIII DEL ECLESIASTICO.

Mientras un sabio elogiaba a los arquitectos por la calidad de sus obras, mencionó la labor del alfarero, diciendo: Así el alfarero sentado en su obra, moviendo con sus pies la rueda, que está siempre en preocupación por su obra, y en número está toda su operación. Con su brazo formó el barro, y ante sus pies doblará su fuerza. Dará su corazón para completar la cobertura, y con vigilancia limpiará el horno. Después de esto, abarcando a los artesanos cuya prerrogativa había descrito, dice: Sin todos estos no se construye la ciudad, y no habitarán, ni caminarán, y no saltarán en la iglesia. ¿Crees que es dudoso que no se pueda construir una ciudad sin la obra del alfarero? ¿Quién, incluso demente, pensará esto? Por lo que la gracia de este artesano, como la de los demás, de los que trata en el mismo lugar, debe entenderse en un sentido místico. Así, el alfarero se sienta en su obra, cuando cualquier doctor de la Iglesia se esfuerza por conformar las mentes inclinadas a los asuntos terrenales, para que se

conviertan en vasos de Dios no para deshonra, sino para ser asignados en honor. Mueve la rueda con sus pies, cuando conecta los corazones de los súbditos a su voluntad con obras manifiestas. ¿Qué es la volubilidad del corazón humano, sino una rueda girada? Esta, sin duda, no puede ser más apta ni más rápidamente, que por el ejemplo de una vida religiosa, volverse a su voluntad, para que la mente terrenal, poco a poco formada, y purificada por las llamas del amor supremo, progrese en un vaso de elección. Su operación, en verdad, es desconocida para la multitud de hombres, porque nadie puede saber cuánto fruto ha infundido en los corazones de los oyentes. Forma el barro con su brazo, cuando invita al corazón terrenal por el ejemplo de sus trabajos a ser lo que él mismo es. Además, su fuerza se dobla ante sus pies, cuando se dice que la doctrina de la palabra responde a sus obras. También se dobla la fuerza ante los pies, cuando se distribuye la obra según la fortaleza del alma; o porque el estado del alma se sostiene solo por la humildad, pues cualquiera es tan fuerte como se funda en ella; o el artesano pone la fuerza ante los pies, cuando no refleja la intención en las obras, o cuando prefiere las obras a la virtud, como si sometiera la virtud ante los pies. Después de esto, se esfuerza por completar la cobertura. ¿Qué es la cobertura sino la consumación del vaso? Pues cuando el hombre se hace celestial, desechada la contaminación del primer padre, entonces resplandece la forma de la cobertura completada en él. Finalmente, es muy necesaria para él la vigilancia, para que pueda limpiar el horno en el que se cuece el vaso. Después de cumplir con el oficio de la predicación, queda el trabajo de las vigilias para el predicador, para que si alguna suciedad se le ha adherido, la limpie con mano diligente. ¿Qué es, pues, el horno, que se enciende con el fuelle supremo, sino la mente del pastor que se quema por la perdición de sus miembros? Esta, por lo tanto, debe ser limpiada, porque rara vez encontrarás a alguien que ejerza el oficio de la predicación, a quien no haya golpeado la brisa favorable, o no haya reprendido la inclemencia del juicio, o no haya azotado la censura más indulgente; por lo que es necesario vigilar en la administración de la predicación. De igual manera, después de completar el negocio, se debe aplicar la obra de la investigación, para que no quede oculto algo mezclado, por lo cual se oscurezca la recompensa de la operación esforzada.

#### EN EL CAPÍTULO VIII DE LA SABIDURÍA.

La sabiduría alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente. ¿Cuáles son estos extremos, y cuál es el medio entre ambos que ella comprende? Sabemos, pues, por el relato de la Escritura (Génesis I), que la obra del mundo distribuida en sus propias especies en el número seis, la Sabiduría suprema descansó de toda obra que había hecho en el séptimo día. Este es el primer extremo, la consumación de las cosas caducas, al que sigue otro, cuando habrá un nuevo cielo y una nueva tierra. Así, desde aquel en el que se recuerda que todas las cosas que se mueven bajo la rueda del sol fueron consumadas, hasta aquel extremo en el que pasarán. La Sabiduría, de la que se habla, alcanza con fortaleza, cuando cada cosa, como fue creada, no transgrede el límite prefijado de la naturaleza, por el cual subsiste, y siendo dueña de sí misma, no es apetente de lo ajeno, guardando la belleza del orden más hermoso. Ella misma dispone suavemente, porque a cada forma de las cosas les confirió la ley de la tranquilidad más suave; pues siendo ella misma suave, no pudo crear nada áspero, nada insípido: ella es la alta profundidad, que nadie puede contemplar o penetrar.

En el alma humana se reconoce que operan tres fuerzas de la naturaleza. Son la racional, la concupiscible y la irascible. Al discernir qué es bueno o malo, se utiliza la ayuda de la razón. Pues bien, porque apetece por el dictado del derecho natural aquello que no tiene nada mejor, no cabe duda de que posee la concupiscencia que mana de la fuente de la razón. De ahí

aquello, Como niños recién nacidos, desead la leche racional. En primer lugar, porque se indigna contra la culpa, se dice que naturalmente tiene el movimiento de la ira saludable. Por eso David dice a los pecadores, Enfadaos, pero no pequéis (Salmo IV, 5). Como si dijera, Porque despreciando la razón, habéis rechazado la concupiscencia saludable, la ira que castiga los excesos ilícitos: enfadaos con vosotros mismos, expulsando del antro del corazón, con ira, lo que habéis introducido con deleite indebido. Luego, cuidaos de no incurrir en la misma ruina, atendiendo a lo que el Señor dice en el Evangelio a uno, Ve, y no peques más (Juan VIII, 11). Finalmente, investiguemos diligentemente cuáles son las dos cosas que resisten a las tres mencionadas. Sin duda alguna, la concupiscencia de la carne se opone a la concupiscencia espiritual: la ira carnal, que se opone a la justicia, se resiste, por el contrario, a la otra ira, que es compañera inseparable de la justicia. Se dice que habitan bien en una misma casa, porque tal altercado interno se lleva a cabo dentro del domicilio del hombre interior: y lo que el evangelista Lucas dividió en número de cinco, aquí ciertamente el apóstol Pablo lo comprende en dos, donde dice, La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17).

#### EN EL CAPÍTULO VIII DE LOS PROVERBIOS.

Aún no existían los abismos, y yo ya había sido concebida: aún no habían brotado las fuentes de las aguas, ni se habían asentado los montes con su pesada mole. Con el nombre de abismo, se expresan los misterios ocultos proclamados por boca profética; los corazones de los santos, de donde se derivan múltiples riachuelos para regar el rebaño que se les ha confiado, se expresan adecuadamente por las fuentes. Estos montes, ¿qué son sino la multitud de mártires, a quienes el amor del Espíritu Santo ha hecho prevalecer sobre Dios, que ni las amenazas, ni los halagos del mundo, ni la amargura de los tormentos exquisitos, ni siquiera las láminas de hierro encendidas que penetran las entrañas superan? De ahí David, En el pueblo grave te alabaré (Salmo XXXIV, 18).

#### DEL JUICIO DE SALOMÓN.

Salomón, hombre de tanta sabiduría, ¿es creíble que haya creído en alguna utilidad en el culto de los ídolos? No. Pero no pudo resistir al amor de las mujeres que lo arrastraban a este mal, haciendo lo que sabía que no debía hacer, para no entristecer a sus delicias, de las que estaba enamorado.

Aunque Salomón pecó, sin embargo, hizo penitencia, escribiendo los Proverbios, en los cuales dice: Finalmente hice penitencia, y consideré dónde elegir la disciplina.

Aquel Salomón admirable, que mereció unirse a la sabiduría asistente de Dios, cayó en los abrazos de mujeres extranjeras; y atrapado en el vínculo de la lujuria, se contaminó con el error del sacrilegio, cuando fabricó un ídolo de Camós, simulacro de los moabitas. Pero como después reconoció su culpa por medio del profeta, ¿acaso fue excluido de la medicina celestial? ¿O tal vez nunca leo en el Canon que haya hecho penitencia, ni que haya obtenido perdón? Escucha su penitencia, que no se escribe en las leyes públicas. Tal vez diga algo aceptable, porque no se arrepintió ante la faz del pueblo, sino en el secreto de la conciencia, con Dios como testigo. Y obtuvo el perdón porque, cuando fue liberado del cuerpo, la Escritura lo menciona sepultado entre los cuerpos de los reyes que agradaron a Dios: lo cual sabemos que fue negado a otros reyes pecadores, que permanecieron en su perversidad hasta la muerte; y por eso, porque mereció ser sepultado entre los reyes justos, no estuvo ajeno al perdón, y no pudo obtener ese perdón sin penitencia.

Los libros hebreos dicen que Salomón fue llevado cinco veces por las calles de Jerusalén, por causa de la penitencia. También dicen que vino al templo, que él mismo había construido, con cinco varas, de las cuales cuatro eran para los expertos en la ley, para que lo azotaran: quienes, por consejo común, dijeron que no pondrían mano sobre el ungido del Señor: por lo cual, frustrado por ellos, fue depuesto del reino.

Porque, dice, ves a los elefantes sometidos a ti, y a los leones sujetos, concómete a ti mismo, oh hombre. Lo cual no es, como dicen, de Apolo Pythio, sino del santo Salomón, quien dijo: Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres.

No nos maravillaremos de que en la parte contraria los peores reyes precedan en tipo a los príncipes transgresores, cuando enseñamos que los mejores reyes, David, Salomón, y Josías, y los patriarcas y profetas, precedieron en figura al Señor Salvador.